

JAVIER CABO: LA EMOCIÓN DEL MUNDO REAL

TEXTO **Fátima Otero**. Crítica de Arte



El artista reflexiona sobre arquetipos ordinarios mediante un concienzudo estudio de valores plásticos

No gusta de la pintura "alla prima" sino de los posos y el tiempo incidiendo en el lienzo

En arte, como en el devenir cotidiano de cada persona, no es obligatorio ser antiguo o moderno ni seguir el mismo rumbo que los demás. Frente a modas que sólo tienen actualidad efímera, Javier Cabo Villaverde (Santiago, 1960) opta por el prestigio de la tradición. Este enamorado de Compostela escogió el camino que sólo él considera legítimo y acertado: el figurativo llevado al mismo límite de lo abstracto, para aportar en esa dirección cualidades positivas como el uso de valores táctiles pronunciados, la verticalización del espacio y la descomposición formal en clave geométrica.

Porque el artista está interesado sólo en problemas plásticos y de representación. Su obra la atisbamos intemporal, no se supone accidente del momento histórico en que se desenvuelve, sino que es la condición de esencia. Su pintura no tiene una existencia real sino metafísica. Se nutre de elementos sugeridos por la realidad, nunca copiados directamente sino por el velo de la imaginación. Así se aprecia en sus ruedos ibéricos o las alamedas, escenarios perfectos para desplegar todo un lenguaje de líneas, planos, formas y colores interrelacionados en el espacio de la construcción plástica que es el cuadro.

SON SUS DEUDAS PICTÓRICAS el cubismo, el constructivismo, futurismo, y todos los istmos de las vanguardias nunca tomados porque sí, sino para conseguir amalgamarlos en un crisol personalísimo que también atiende a la mirada de Pancho Cossío, sobre todo en los puntos de vista elevados y los desenfoques voluntarios que aquél aplicaba a sus lienzos. Asimismo, en el hecho de fijarse en motivos cotidianos tan naturales como los que habitan una alameda: el heladero, músicos, tiovivos... o los relatos visuales que nos vienen del mundo del agua: sombrillas de playa, una gaviota, el trampolín de la piscina o una portadora de pescado.

PREPARA SUS SOPORTES ARTESANALMENTE, eligiendo las capas, calibrando que el sustrato sea absorbente. Son muchos y de diversos tamaños los tableros reciclados y entelados con yute o arpillera; en todos ellos se adivinan diagramas compositivos que dirigen y concentran las fuerzas que desencadenan la imagen final. Juega a descomponer el espacio, lo presenta quebrado en planos de filiación cubista, o futurista según el caso. Hasta la luz se convierte en forma en su obra. Mucho más todos los frotados, lijados y rascados que potencian los efectos de la superficie pictórica.

La luz que inunda el ambiente de sus obras es de indudable fondo melancólico, más iluminada u oscu-

recida según el estado de ánimo del momento. Una languidez reflejada en las expresiones ambiguas de muchas figuras, y en la mirada un tanto caída de muchos rostros apenas esbozados. Ambiente y colores respiran el aroma de los verdes y azules oceánicos, cuando no de los tierras y ocres, de unos pigmentos con peso y poso, por eso reniega de la pintura "alla prima": prefiere la huella del tiempo, y del material.

EL CARÁCTER DE LA OBRA DE CABO VILLAVERDE se obtiene exaltando la condición fundamental de las cosas, buscando tradición o el concepto primitivo sano de las formas humanas halladas en la expresión de la naturaleza, cualidad ésta que se advierte en alguno de sus bodegones. El autor ve en los motivos que elige la condición suprema de misterio y poesía que las hace dignas del arte. Busca esa verdad esencial que no es ni de lejos la que solo percibe el ser humano, sino aquella otra que únicamente descubre el espíritu unido a un oculto ritmo de emoción y armonía, que en definitiva compone el goce estético.

Pintor ensimismado en sus estudios. Se licenció en Bellas Artes y en Geografía e Historia, además de doctorarse en Historia del Arte sobre el espacio, el objeto y el tiempo en el surrealismo ilusionista. No se aprecian ecos de aquel movimiento en su obra, más bien contrapuestos. Si tenemos en cuenta que el vacío era la verdadera materia prima del movimiento bretoniano, en el trabajo actual de Cabo se excluye ese vacío, tanto como la distancia o la medida.

SI RASTREAMOS EN LA EVOLUCIÓN DE SU OBRA, se aprecia cierta inmovilidad en los temas y en esa recusación de la dinámica actualidad artística. Pero no en las formas, las gamas y los tonos que el paso del tiempo los ha ido matizado sutilmente sin renunciar por ello a las finalidades plásticas que buscaron egregios maestros del arte contemporáneo de vanguardia. Desecha claramente la conocida frase de Valle-Inclán de que "Las modas otras modas entierran", sin que alcanzasen jamás el prestigio de la tradición.

VUELVE A EXPONER Javier Cabo con uno de los primeros galeristas con los que se inició, Javier Blanco, en un espacio expositivo que reabre sus puertas, la compostelana galería Metro, ahora en Calderería 50, que tan sólo ha cambiado de ubicación. Por lo demás, sigue apostando por los artistas en los que siempre creyó y por la potencialidad de los mejores alumnos salidos de la Facultad de Bellas Artes, como es el caso. Y ojalá siga así por mucho tiempo.